

Índice

<i>Prólogo</i>	13
I. Una joven americana y libre	31
II. Los dioses de la prensa de Gotham City	49
III. El armario secreto	79
IV. ¿Cuánto puede tardar una mujer en dar la vuelta al mundo?	101
V. «Creo que puedo superar la marca de Phileas Fogg»	117
VI. Horario de ferrocarril	147
VII. Un mapa del mundo	177
VIII. «Et ego in Arcadia»	207
IX. Bakshish	235
X. Un pedazo de Inglaterra en China	265
XI. Premio para el acertante	281
XII. La otra señorita va a ganar la carrera	303
XIII. El templo de los muertos	329
XIV. El misterioso agente de viajes	355
XV. El tren especial	391
XVI. «Ir de Jersey a Jersey es dar la vuelta al mundo»	423
XVII. Derrotar al reloj	445

Epílogo	483
Agradecimientos	513
Notas	517
Bibliografía seleccionada	565
Créditos de las ilustraciones	581

Prólogo

14 DE NOVIEMBRE DE 1889

Hoboken, Nueva Jersey

Era una joven con abrigo y gorra a cuadros, ni alta ni baja, de tez ni oscura ni clara, no lo bastante bonita como para llamar la atención; de esa clase de mujeres que podría, si quisiera, pasar inadvertida entre la gente. A pesar del frío de primera hora de la mañana, el muelle del transbordador de Nueva York a Hoboken estaba atestado de pasajeros. El río Hudson —o río Norte, como todavía se llamaba entonces, un vestigio de la época holandesa— estaba tan concurrido como cualquiera de las avenidas de la ciudad y el transbordador navegaba con cuidado sorteando el tráfico acuático, dejando atrás los barcos de colores vivos del canal y los habituales remolcadores, las barcazas de vapor cargadas con carbón de Pensilvania, las goletas de tres mástiles con bodegas rebosantes de tabaco, añil, plátanos y algodón, pieles de Argentina y té de Japón, cargadas, eso parecía, con todo lo que el mundo tenía para ofrecer. La joven se esforzaba por contener su nerviosismo mientras el transbordador se acercaba todavía más a los almacenes y depó-

sitos de Hoboken, donde el buque de vapor *Augusta Victoria*, de la línea Hamburgo-América, ya había atracado. Las gaviotas sobrevolaban en círculos la costa, estudiando las embarcaciones de mayor tamaño, a las que seguirían mar adentro. En la distancia, los conjuntos de rascacielos de piedra de Nueva York se erguían como acantilados del mar.

Durante gran parte del otoño de 1889 Nueva York había soportado una lluvia casi constante, días interminables de nubes bajas y exigua luz grisácea. Era la clase de tiempo, decía la gente, que solo trae melancolía y reumatismo; un periódico había llegado a sugerir recientemente que, de seguir lloviendo, la ciudad no tendría más remedio que inaugurar una línea de vapor en la avenida Broadway. Aquella mañana, sin embargo, había amanecido fría pero despejada, un presagio favorable para quien se dispusiera a hacerse a la mar. La perspectiva de una travesía por mar siempre era emocionante, pero el mal tiempo equivalía a una navegación agitada y también llevaba consigo la inquietante conciencia del peligro. Había icebergs que se desprendían en Groenlandia y flotaban sin rumbo fijo y aleatoriamente por el Atlántico Norte; enormes embarcaciones a vela sin luces ni sirenas de advertencia que nunca viraban para evitar una colisión; huracanes salidos de ninguna parte; posibles incendios causados por cien cosas distintas. Algunos barcos simplemente desaparecían, como el fantasma de Marley en *Cuento de Navidad*, en la niebla, y nunca más se volvía a saber de ellos. La prensa saludaba al *Augusta Victoria* como «prácticamente insubmersible», un elogio tan medido que muy bien podía resultar alarman- te, aunque su intención fuera precisamente la contraria. El *Augusta Victoria* era un buque de vapor de doble hélice y diseño moderno que, seis meses antes, en su primera travesía, había batido todo un récord de velocidad, al cruzar el Atlántico desde Southampton a Nueva York en solo siete días, doce horas y treinta minutos. A su llegada a Nueva York fue recibido por una multitud de más de treinta mil personas («Los alemanes —se apresuró a señalar *The*

New York Times— eran, con mucho, mayoría»), que subieron a bordo para ver de cerca aquel palacio flotante, admirar los candelabros y tapices de seda, el majestuoso piano en la sala de música, el tocador de señoras vestido de color lavanda, el salón de fumadores para caballeros forrado de tafilete verde. Los viajes trasatlánticos habían progresado mucho desde que Charles Dickens zarpó rumbo a América en el siglo XIX y describió las reducidas dimensiones y el mobiliario tristón del salón del capitán de su barco y lo comparó con un gigantesco coche fúnebre con ventanas.

En el muelle, los minutos previos a que zarpara un transatlántico tenían siempre un cierto aire de carnaval. La mayoría de los hombres llevaban abrigos oscuros y sombreros de seda; las mujeres lucían atuendos recargados con polisones y frunces. En los márgenes de la multitud, vendedores ambulantes pregonaban productos que quizá los pasajeros se habían olvidado de incluir en su equipaje; estibadores sudorosos y con brazos desnudos interpretaban su habitual coreografía de levantar y cargar con los cabos y los barriles amontonados sin orden ni concierto en el muelle. El estrépito de las ruedas de los coches de caballos en el empedrado se mezclaba con la algarabía de las conversaciones y el fragor resultante, al igual que el trueno, parecía venir al mismo tiempo de todas partes y de ninguna. En algún lugar en medio de aquella multitud arremolinada estaba la joven del abrigo a cuadros. Su verdadero nombre era Elizabeth Jane Cochran —siendo adolescente había añadido una *e* final a su apellido, una letra muda que sin duda pensaba que ponía una agradable nota de sofisticación—, aunque su familia y sus amigos íntimos no la llamaban ni Elizabeth ni Jane, sino *Pink*. Para muchos lectores de periódicos de Nueva York, y pronto de gran parte del mundo, sin embargo, su nombre era Nellie Bly.

Durante dos años Bly había trabajado como reportera para el neoyorquino *The World*, que, bajo la dirección de su editor, Joseph Pulitzer, se había convertido en el periódico de mayor difusión y más influyente de su tiempo. Hasta el momento no había

existido una reportera femenina tan audaz, tan dispuesta a poner en peligro su seguridad personal para investigar una historia. En su primer reportaje para *The Worker*, Bly había trabajado de incógnito (bajo el nombre de Nellie Brown, un seudónimo para disfrazar otro seudónimo) y se había hecho pasar por loca, para así poder informar de primera mano sobre el maltrato dado a las pacientes del asilo para enfermas mentales de Blackwell's Island. Bly había trabajado por un salario mísero al lado de otras mujeres jóvenes en una fábrica de cajas de cartón, había buscado empleo como criada doméstica y solicitado tratamientos en un dispensario para indigentes, donde a punto estuvo de que le extirparan las amígdalas. Prácticamente cada semana, la sección local de la edición dominical del *World* incluía una nueva aventura para los lectores. Bly entrenó con el campeón de boxeo John L. Sullivan; fue corista, con mucho entusiasmo y poco éxito, en la Academy of Music (olvidó cuándo tenía que salir y por un momento estuvo sola en el escenario). Charló en Boston con una extraordinaria chica de 19 años sordomuda y ciega llamada Helen Keller. En una ocasión, para denunciar la trata de blancas en Nueva York, llegó a comprar un bebé. Sus artículos eran alternativamente amenos, reprobatorios e indignados. Algunos tenían por objeto instruir, otros simplemente entretener, pero todos estaban imbuidos de la innegable pasión de Bly por las buenas historias y de su sorprendente capacidad para conquistar la imaginación del público, ya que solo con la fuerza de su personalidad lograba dirigir la atención de esta hacia los padecimientos de los desfavorecidos y también, y no por casualidad, hacia su persona.

Ahora, en aquella mañana del 14 de noviembre de 1889, estaba a punto de emprender la aventura más sensacional de todas: dar la vuelta al mundo en el menor tiempo posible. Dieciséis años antes, en su famosa novela, Jules Verne había imaginado que este viaje podía realizarse en ochenta días; Nelly Bly confiaba en hacerlo en setenta y cinco.

Aunque había propuesto el proyecto un año antes, los editores de *The World*, que al principio se habían resistido a la idea de que una mujer joven viajara sola, no habían dado su consentimiento hasta entonces. Los tres días anteriores habían sido un frenesí de actividad: trazar el itinerario, visitar oficinas de despacho de billetes, preparar un guardarropa, escribir cartas de despedida a amigos, empaquetar, desempaquetar y volver a empaquetar. Bly había decidido que solo se llevaría una bolsa, una maleta pequeña de piel donde metería todo —desde ropa a utensilios para escribir y artículos de aseo— lo necesario para el viaje. Poder llevar su propio equipaje la ayudaría a evitar posibles retrasos derivados de la intromisión o la incompetencia de mozos y agentes de aduanas. Como indumentaria de viaje había escogido un traje de dos piezas de corte cómodo de paño azul oscuro y ribetes de pelo de camello. Su prenda de abrigo sería un manferlán a cuadros, con hileras gemelas de botones en la parte delantera y que le cubriría del cuello a los tobillos, y en lugar del sombrero con velo a la última moda que llevaban la mayoría de las mujeres que viajaban en barco por entonces, una simpática gorra de lana —el mismo gorro de caza que más tarde luciría Sherlock Holmes en las películas— que durante los últimos tres años la había acompañado en muchas de sus aventuras. El vestido azul, el manferlán a cuadros, la gorra de caza... A primera vista aquella indumentaria no tenía nada de especial. Sin embargo, con el tiempo se convertiría en la más famosa del mundo.

En la mañana del 14 de noviembre Nellie Bly se había despertado muy temprano —odiaba madrugar— y dado unas cuantas vueltas en la cama. Entonces se había adormilado de nuevo un rato y, a continuación, se despertó sobresaltada, temerosa de haber perdido el barco. Se bañó y vistió a toda prisa (no había necesidad de dedicar tiempo a maquillarse, ya que solo las mujeres de dudosa moral o de estatus social incuestionablemente alto se atrevían a pintarse la cara).

Intentó tragar algo a modo de desayuno, pero lo temprano de la hora y los nervios le impedían probar bocado. Lo más duro de todo fue decir adiós a su madre. «No te preocupes —le había dicho—, imagina que me he ido de vacaciones y que lo estoy pasando mejor que nunca». Después cogió su abrigo y su maleta y bajó a toda velocidad las escaleras antes de que le diera tiempo a arrepentirse de aquel viaje que no había hecho más que empezar.

Su apartamento estaba en la calle 35 Este, cerca de Broadway; en la Novena Avenida Bly pagó sus cinco centavos y se subió a un tranvía en dirección a la parte baja de Manhattan. El vehículo estaba sucio y mal ventilado y la paja esparcida por el suelo olía a humedad por las recientes lluvias. La calle estaba paralizada por los coches de caballos; desde arriba llegaba el chirrido de las vías del tren elevado. Solo serían setenta y cinco días, no hacía más que repetirse Bly, y luego estaría de vuelta en casa. Se bajó en la esquina de la calle Christopher con la avenida Greenwich, en la entrada de un barrio marítimo donde los edificios bajos e irregulares parecían brotar como hongos del borde del agua: almacenes de aparejos náuticos y de velas, almonedas con sus misteriosas curiosidades llegadas de todo el mundo, sórdidas pensiones y rudas tabernas frecuentadas por pescadores. En la terminal de Christopher Street cogió el transbordador —solo tuvo que pagar un billete de ida, tres centavos— que la llevó a la otra orilla del río Hudson, al muelle situado a los pies de la calle Tres, en Hoboken, Nueva Jersey. Allí la esperaban dos agentes de la línea de buques de vapor Hamburgo-América; comprendían muy bien lo importante que era para la compañía que Nellie Bly llegara puntual a su destino. Ambos escoltaron a la nueva pasajera a bordo del *Augusta Victoria* y le presentaron al capitán del barco, Adolph Albers, explicándole el motivo de su viaje. Oficial de gran popularidad, Albers tenía barba poblada y unos modales cordiales que inspiraban confianza. Aseguró a Bly que haría todo cuando estuviera en su poder para asegurar que el tramo inicial de su complejo viaje fuera un completo éxito. Estaba seguro,

afirmó, de que podría dejarla en Southampton en la noche del jueves siguiente; eso le permitiría descansar en uno de los hoteles de la ciudad y levantarse a tiempo para coger uno de los trenes que salían cada mañana con destino a Londres.

—No pienso dormir hasta que esté en Londres —contestó Nelly Bly— y me he asegurado de tener un puesto entre los elegidos que saldrán de la estación Victoria el viernes por la noche.

Su voz tenía el timbre cantarín de los pueblos montañosos del oeste de Pensilvania; terminaba las frases con una inflexión ascendente poco usual, vestigio de un dialecto isabelino que todavía se hablaba en las montañas cuando Nelly era una niña. Tenía ojos grises penetrantes, aunque en ocasiones se decía que eran verdes, o verdiazules, o color avellana. Su nariz era ancha en la base y delicadamente levantada al final —en los periódicos solían definirla como «respingona»— y era la única de sus facciones que le causaba cierta inseguridad. Tenía pelo castaño con flequillo sobre la frente. La mayoría de quienes la conocían la consideraban bonita, aunque aquel era un asunto que en los meses siguientes se convertiría en objeto de encendidos debates en la prensa.

No pasó mucho tiempo antes de que amigos y colegas subieran a bordo para despedirla y desearle suerte. El agente teatral Henry C. Jarrett le regaló un ramo de flores y una novela; la lectura, le dijo, era el mejor antídoto contra el mareo y el aburrimiento. Julius Chambers, editor jefe de *The World*, también estaba allí, acompañado de un cronometrador del New York Athletic Club. En calidad de principal club deportivo *amateur* de la ciudad, el New York Athletic Club a menudo proporcionaba cronometradores para carreras de bicicletas, pruebas de natación y de atletismo; aquella era la primera vez que lo hacía para una carrera alrededor del mundo.

Nellie Bly había prosperado en su profesión aprendiendo a conservar la calma en situaciones difíciles, y entonces también se las arregló para disimular el nerviosismo que sentía; la edición del día siguiente de *The World* diría que no había mostrado «ni un

ápice de miedo ni inquietud; un escolar que empieza sus vacaciones no podría haber estado más alegre y despreocupado». Mientras esperaban, Bly preguntó a uno de sus colegas de *The World*:

—¿Qué te parece mi vestido? —Su tono de voz parecía alegre, pero cuando el colega dudó, Bly le insistió—: Quiero tu opinión.

El reportero examinó el vestido azul oscuro con remates de piel de camello debajo del manferlán, y empezó a comentar en voz alta que Bly pasaría por la costa de Egipto y que sin duda algún descendiente de José confundiría aquella indumentaria con la capa multicolor que se cita en la Biblia, pero entonces Bly le interrumpió:

—Eres un envidioso —le dijo con desdén y un gesto teatral de cabeza—. Retiro lo de que me interesa tu opinión.

Aunque el periódico omitió deliberadamente mencionarla, la impaciencia de Bly indicaba sin duda la compleja amalgama de emociones que sentía. Un deseo intenso de partir de una vez, pena por dejar atrás amigos y familia, emoción y nerviosismo por todas las cosas extrañas que estaba a punto de vivir: países extraños, comida extraña, lenguas extrañas (su intención era viajar por el mundo hablando solo inglés). El día había amanecido hermoso y despejado, pero no podía evitar preguntarse por los setenta y cuatro que estaban por llegar y por los cuarenta y cinco mil kilómetros que la esperaban. Si todo salía bien, pasaría las Navidades en Hong Kong y el Año Nuevo en algún punto del océano Pacífico.

En la primera plana del *The World* de aquella mañana, un mapa a cinco columnas mostraba «Las rutas a seguir por la reportera relámpago del periódico». El viaje empezaba en Nueva York, cruzaba el Atlántico hasta Inglaterra, bajaba por Europa por el Mediterráneo; continuaba en dirección sur cruzando el canal de Suez hasta el mar de Arabia por la costa noreste de África, después se dirigía hacia el este pasando Ceilán y hasta Hong Kong y Japón, cruzaba el océano Pacífico hasta San Francisco y terminaba atra-



Nellie Bly con su famosa indumentaria de viaje.

vesando la mitad norte de Estados Unidos hasta volver a Nueva York. Todo parecía estar muy bien pensado, pero el itinerario, y Bly lo sabía, no era algo tan firme como la sólida línea negra (trazada en un mapa) hacía pensar. No estaba claro, por ejemplo, si el tren correo que iba de Londres a Brindisi, Italia (sobre el que había insistido tanto al capitán Albers), salía en realidad todos los viernes por la noche. Un horario de ferrocarriles más irregular implicaría perder la conexión con el barco de vapor que zarpaba de Brindisi, y a partir de ahí los retrasos se sucederían en cascada, conduciendo inexorablemente al fracaso de la expedición. Era consciente, así mismo, de que partía en el peor momento del año, cuando las tormentas del Atlántico eran más fuertes y la nieve a menudo bloqueaba las líneas férreas en el oeste de Estados Unidos. Además, estaría viajando no solo en el espacio, sino, en cierto sentido, también en el tiempo. Durante los setenta y cinco días que duraría su viaje, experimentaría el clima de las cuatro estaciones del año. Entre quienes viajaban alrededor del mundo era costumbre contar que los extremos cambios de temperatura eran el caldo de cultivo idóneo para enfermedades. Las fiebres acechaban por doquier; había gripe en Europa; malaria en Asia. Tormentas, naufragios, enfermedades, averías mecánicas o incluso retrasos debidos a la falta de cooperación de un conductor de tren o del capitán de un barco. Cualquiera de estas cosas sola podía resultar fatal para sus planes.

No podía soportar la idea de volver a casa habiendo fracasado. Más tarde le diría al ingeniero jefe de uno de los barcos en que viajó, y hablaba del todo en serio, que preferiría morir antes que llegar a Nueva York con retraso. No se había hecho una reputación en el periodismo, no había pasado de vivir en un pueblo minero de Pensilvania a llenar titulares en el periódico más importante de Nueva York a base de perder. Lo que Nellie Bly ignoraba al emprender el viaje, sin embargo (y seguiría ignorándolo durante muchas semanas), era que podía perder la carrera, pero no frente al famoso viajero ficticio inventado por Julio Verne, Phileas Fogg, sino

ante una contrincante de carne y hueso. Y es que resultó que no era una sola la periodista que zarpaba de Nueva York aquel día para dar la vuelta al mundo, sino dos.

En la mañana del 14 de noviembre, mientras Nellie Bly se dirigía al embarcadero de Hoboken, un hombre llamado John Brisben Walker estaba a bordo de un transbordador que navegaba en dirección opuesta, desde la ciudad de Nueva Jersey a la calle Cortland, en el bajo Manhattan. Walker era el próspero editor de una revista mensual llamada *The Cosmopolitan* (años más tarde sería adquirida por el rival de Joseph Pulitzer, William Randolph Hearst, y con ello adquiriría una orientación muy distinta) y, mientras el barco cruzaba el río, iba leyendo el artículo de portada de *The World* en que se explicaba el plan de Nellie Bly de dar la vuelta al mundo en un tiempo récord. De inmediato se dio cuenta del valor publicitario de semejante plan, aunque decidió que la viajera tendría más posibilidades dirigiéndose hacia el oeste en lugar de hacia el este, tal y como Bly planeaba. Enseguida tuvo una idea. *The Cosmopolitan* patrocinaría su propia carrera alrededor del mundo, pero viajando en dirección opuesta. Por supuesto el circunnavegante de *The Cosmopolitan* tendría que ser, como Nellie Bly, una mujer joven —la idea tenía una simetría agradable y, en todo caso, un hombre compitiendo contra una mujer no despertaría las simpatías de nadie— y tendría que partir inmediatamente, si es que quería tener alguna posibilidad de volver a Nueva York antes que Bly. Después de una breve reunión en su despacho con su director comercial, John Brisben Walker, envió a este a una agencia de viajes para preparar el itinerario y a las diez y diez hizo llegar un mensaje al apartamento de Elizabeth Bisland, a solo unas manzanas de distancia, en Murray Hill. Era urgente, le decía; debía presentarse en la oficina enseguida.

Elizabeth Bisland tenía 28 años y, tras casi una década de colaborar con diferentes medios escritos, acababa de conseguir un

empleo como editora en *The Cosmopolitan*, para la que escribía una colaboración mensual reseñando novedades editoriales titulada «In the Library» («En la biblioteca»). Nacida en el seno de una familia de plantadores de Luisiana arruinados por la guerra de Secesión y sus secuelas, a los 20 años se había mudado a Nueva Orleans y, unos años más tarde, a Nueva York, donde empezó a colaborar con varias revistas y se había forjado una fama de ser la periodista más hermosa de la ciudad. Bisland era alta, con un porte elegante y casi altivo que acentuaba su estatura. Tenía grandes ojos oscuros, tez clara y luminosa y hablaba con voz grave y aterciopelada. Disfrutaba con las reuniones de sociedad y las conversaciones inteligentes, dos cosas que siempre estaban presentes en las tertulias literarias que organizaba en el pequeño apartamento que compartía con su hermana en la Cuarta Avenida, donde gentes de talento de Nueva York, pintores, escritores y actores, se reunían para charlar sobre las cuestiones artísticas del momento. La peculiar combinación de belleza, encanto y erudición de Bisland debía de ser poco menos que hipnótica. Uno de sus admiradores, el escritor Lafcadio Hearn, quien había trabado amistad con ella en Nueva Orleans, la describía como «una suerte de diosa» y comparaba su conversación con el hachís, pues te dejaba desorientado durante horas. Otra persona dijo que hablar con Bisland era como jugar con «un leopardo bello y peligroso» al que se amaba en agradecimiento por que no te mordiera.

Bisland era consciente de que la belleza femenina era algo útil pero pasajero («Una vez que dejan de atraer al sexo contrario —escribió—, las mujeres no tienen poder en Estados Unidos») y se enorgullecía del hecho de que había llegado a Nueva York con solo cincuenta dólares en el bolsillo y de que los miles que ahora había en su cuenta bancaria los había ganado exclusivamente con su pluma. Capaz de trabajar dieciocho horas sin descanso, escribía críticas de libros, ensayos, reportajes y poesía a la manera clásica. Creía por encima de todo en el placer de la literatura, que había experimentado por vez primera de niña con viejas ediciones de Shakes-

peare y Cervantes que encontró en la biblioteca de la plantación familiar (aprendió francés sola mientras hacía mantequilla para así poder leer las *Confesiones*, de Rousseau, en su idioma original y luego comprobó que odiaba el libro). No le interesaba en absoluto la fama, es más, la encontraba de mal gusto. De manera que, cuando llegó poco después de las once a las oficinas de *The Cosmopolitan* y John Brisben Walker le propuso competir contra Nellie Bly en una carrera alrededor del mundo, en un primer momento se negó. Esperaba invitados a la hora del té al día siguiente, explicó, y además no tenía nada que ponerse para un viaje tan largo. Pero la verdadera razón, admitiría más tarde, era que al instante comprendió la atención pública que despertaría una aventura así, «una atención a la que me oponía fervientemente». Sin embargo, Walker (quien para entonces ya había hecho y perdido más de una fortuna) no era un hombre al que se pudiera disuadir con facilidad, y al final Bisland no tuvo más remedio que ceder.

A las seis de la tarde Elizabeth Bisland se encontraba en un tren de la compañía New York Central Railroad con destino a Chicago. Nellie Bly le llevaba ocho horas y media de ventaja.

A primera vista las dos mujeres, Nellie Bly y Elizabeth Bisland, no podían ser más diferentes. Una era del norte y la otra del sur de Estados Unidos; una era una viajera intrépida y competitiva, la otra se enorgullecía de su refinamiento; la una buscaba siempre las noticias más sensacionalistas; la otra prefería la novela y la poesía y desdénaba casi toda la escritura periodística, que consideraba un «batiburrillo retorcido y estridente», una «caricatura de la vida real». Bisland recibía en su casa a la hora del té; de Bly se sabía que frecuentaba la taberna O'Rourke, en el distrito del Bowery. Pero las dos eran profundamente conscientes de la situación de desigualdad de las mujeres en Estados Unidos. Las dos habían crecido sin demasiado dinero, habían ido a Nueva York con la intención de ha-

cerse un hueco en el periodismo de la gran ciudad y habían logrado triunfar en un mundo que seguía indudablemente dominado por los hombres. Pero más que nada, por supuesto, los destinos de ambas iban a quedar unidos para siempre por una experiencia común. De alguna manera eran socias en un ambicioso proyecto que durante meses fascinaría a todo Estados Unidos y gran parte del mundo.

Bly y Bisland viajaron alrededor del globo en algunos de los medios de transporte más modernos entonces, el transatlántico de vapor y el ferrocarril a vapor, enviaron mensajes a sus editores respectivos mediante las líneas de telégrafo, que habían —según se decía entonces— aniquilado el tiempo y el espacio. Navegaron por todo el vasto Imperio británico, desde Inglaterra, en Occidente, hasta Hong Kong, en Oriente, en barcos que transportaban té, algodón, opio y otros bienes preciados que ayudaban a sostener la economía imperial. Viajaron por un mundo marcado por los convencionalismos y deformado por el sistema de clases, que imperaba en cada país que visitaron y también incluso en los trenes y barcos que usaron para llegar a ellos.

Nellie Bly y Elizabeth Bisland no solo se embarcaban en una carrera alrededor del mundo; también iban a viajar por el corazón mismo de la era victoriana.

Estaba previsto que el *Augusta Victoria* zarpara a las nueve y media de la mañana; poco antes se oyó el fuerte ruido de su sirena, avisando a todos los que no fueran viajeros de que debían desembarcar. «Valor», le dijo a Bly uno de sus amigos con un apretón de manos de despedida. Esta hizo lo posible por sonreír, para que el recuerdo que sus amigos se llevaran de ella fuera alegre. De pronto se sintió mareada y tuvo la sensación, explicaría después, de que el corazón le iba a estallar. Sus amigos se alejaron despacio, uniéndose a la fila de gente elegantemente vestida que bajaba por la pasarela del barco.

Desde la cubierta veía millas y millas de agua; cuando se encontraba con el horizonte, el mar azul se teñía, casi imperceptiblemente, de gris. El mundo parecía haber perdido su redondez y se había convertido en una inmensa e interminable lontananza. El momento de partir había llegado. Con solemnidad, Nellie Bly y el cronometrador del New York Athletic Club sincronizaron sus relojes.